

LAS explosiones de violencia en Córdoba y Rosario dejaron marcado a 1969. Este año, nuevos brotes sacuden al país. Secuestros de diplomáticos y de aviones, bombas, amenazas, enfrentamientos de sacerdotes con su obispo, ocupación de capillas, conflictos laborales... Todo parece indicar que tanto en el campo político, como en el social y en el religioso, la violencia se presenta para algunos como el único medio de obtener el cambio de nuestras actuales estructuras por otras más justas.

“Nunca, como dice la constitución *Gaudium et Spes* (Nº 4), tuvo el género humano a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria, y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir”. Este contraste hace más aguda la conciencia contemporánea de que existe en el mundo una situación de desigualdad y de injusticia, y de que es necesario un cambio de estructuras que permita a todos el libre acceso a condiciones de vida dignas del hombre. Pero la necesidad y la urgencia del cambio por un lado, y las resistencias legítimas por otro, hace que muchos pongan su esperanza en la violencia.

Como cristianos no podemos permanecer ajenos al problema. Nos vemos necesariamente enfrentados a una elección. Pero, notémoslo bien, no se trata de una elección entre la conservación de las actuales estructuras y la revolución, sino entre un cambio radical pero en justicia, paz y libertad, y la revolución sangrienta.

La violencia no puede ser justificada en un pensamiento cristiano si no es por amor al prójimo oprimido. Cuando hay una injusticia, la violencia puede llegar a ser un deber. La insurrección revolucionaria podría ser legítima en el caso “de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país” (Pa-

“Ni el odio, ni la violencia, son la fuerza de nuestra caridad”

(Pablo VI)

blo VI, Enc. *Populorum Progressio*, Nº 31). Pero se debe tener presente que la violencia generalmente “engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas: no se puede combatir un mal al precio de un mal mayor” (ibid.).

Por eso, la segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, tenida en Medellín en 1968, nos dice que “si consideramos el conjunto de las circunstancias de nuestros países, si tenemos en cuenta la preferencia del cristiano por la paz, la enorme dificultad de la guerra civil, su lógica de violencia, los males atroces que engendra, el riesgo de provocar la intervención extranjera por ilegítima que sea, la dificultad de construir un régimen de justicia y de libertad partiendo de un proceso de violencia, ansiamos que el dinamismo del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz” (doc. sobre la paz, Nº 19).

Por eso, ante los hechos de violencia que afligen al país, queremos hacer nuestras las palabras de Pablo VI, en su discurso del 24 de agosto de 1968 en Bogotá: "Si nosotros debemos favorecer todo esfuerzo honesto para promover la renovación y la elevación de los pobres y de cuantos viven en condiciones de inferioridad humana y social, si nosotros no podemos ser solidarios con sistemas y estructuras que encubren y favorecen graves y opresoras desigualdades entre las clases y los ciudadanos de un mismo país, sin poner en acto un plan efectivo para remediar las condiciones insostenibles de inferioridad que frecuentemente sufre la población menos pudiente, nosotros mismos repetimos una vez más a este propósito: *ni el odio, ni la violencia, son la fuerza de nuestra caridad*. Entre los diversos caminos hacia una justa regeneración social, nosotros no podemos escoger ni el del marxismo ateo, ni el de la rebelión sistemática, ni tanto menos del esparcimiento de sangre y el de la anarquía. Distingamos nuestras responsabilidades de las de aquellos que por el contrario, hacen de la violencia un ideal noble, un heroísmo glorioso, una teología complaciente. Para reparar errores del pasado y para curar enfermedades actuales no hemos de cometer nuevos fallos, porque estarían contra el Evangelio, contra el espíritu de la Iglesia, contra los mismos intereses del pueblo, contra el signo feliz de la hora presente que es el de la justicia en camino hacia la hermandad y la paz".

Y más adelante prosigue: "La transformación profunda y previsoramente de la cual en muchas situaciones actuales, tiene necesidad la sociedad, la promoveremos amando más intensamente y enseñando a amar, con energía, con sabiduría, con perseverancia, con actividades prácticas, con confianza en los hombres, con seguridad en la ayuda paterna de Dios y en la fuerza innata del bien". ♦

LA DIRECCION

AL PERSONAL Y LECTORES DE ESTUDIOS

CUANDO en junio de 1967 la Universidad del Salvador resolvió tomar a su cargo la revista ESTUDIOS y me ofreció la dirección de la misma para modernizarla y adecuarla a los tiempos actuales, acepté la dirección con entusiasmo y optimismo.

Con Raúl Urtizberea al frente de la redacción, emprendimos la ardua tarea de revitalizar una revista casi desahuciada. Con su dinamismo y capacidad profesional, consiguió juntar un grupo selecto de colaboradores desinteresados que contribuyeron a darle nueva vida.

El fruto de dos años y medio escasos de labor, quedan a juicio de los lectores.

ESTUDIOS continuará apareciendo en adelante con una nueva Dirección.

Quiero manifestar mi profundo agradecimiento a todo el personal con el que compartimos los arduos y difíciles días de la nueva era de ESTUDIOS: a todos los redactores que, como cuerpo estable, colaboraron desinteresadamente con todo entusiasmo y a todo el personal administrativo que trabajó generosamente en medio de privaciones. Todos y cada uno de sus nombres, quedan impresos en las páginas de ESTUDIOS, como memorial de un equipo de trabajo unido y abnegado, que supo llevar con tesón y optimismo, el duro trabajo sin otro estímulo que la vocación de periodistas.

Nuestro agradecimiento, también, a todos los lectores que, en todo momento, nos estimularon con su apoyo. Esperamos que ESTUDIOS siga siendo un mensaje cristiano de orientación.

UBÉN GERARDO ARANCIBIA, S. J.

Estimado lector:

Al hacerme cargo de la Dirección de la Revista ESTUDIOS, quiero dejar constancia de mi agradecimiento al R. P. Lic. Ubén G. Arancibia por la labor realizada durante más de dos años como Director, y al Sr. Guillermo Corvalán Mendilaharsu quien se desempeñó como Jefe de Redacción durante el último año. En cuanto al futuro de ESTUDIOS, prefiero no prometer nada. Cada número irá hablando por sí mismo.

IGNACIO PÉREZ DEL VISO, S. J.